

Panaceas y talismanes

I. La farmacia mágica y popular

JUAN SOMOLINOS PALENCIA*

El origen de la farmacia se confunde con el de la medicina. Su historia es la misma, pues en un principio el ser humano era su propio médico y farmacéutico; así, los médicos ejercían la farmacia y hacían una medicina medicamentosa cuya actividad se dividió en el período helenista, cuando surgieron aquellos que comerciaban con especias, perfumes y pigmentos, dejando a sus compañeros médicos herbolarios dedicados a las plantas medicinales.

Estos especieros o pigmentarios vendían sus productos tanto a los médicos como a los perfumistas. Bien se comprende que un grupo de elementos terapéuticos cuyo ordenamiento y clasificación no cabía plenamente en la farmacia herbolaria ni en la perfumería, quedaron para el uso indiscriminado de ambas profesiones. Es manifiesto que el paso al terreno terapéutico fue un verdadero salto donde se buscaba una nueva disciplina que, mezclada con muchas otras, se convertiría en una farmacia de imaginación, algo que suplía lo que los medicamentos tradicionales no podían resolver. Era un numeroso grupo de substancias y objetos de carácter mágico, muchos de ellos novedosos, cuyo principio terapéutico ampliaba la sugestión y la fe de los enfermos.

Asimismo, para precaverse de las influencias malélicas, el hombre tomó en prestamo y reinterpretó materias y procedimientos profilácticos que enfrentasen la ansiedad que se despierta por el enojo de los dioses, la perversidad de los hechiceros, la mudable voluntad de las personas, la peligrosidad de los deseos hostiles y la mala suerte. Llegó un momento en que la farmacia fue orillada a estos sortilegios.

Símpoio presentado en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 16 de octubre de 1991.

* Titular de la Coordinación Normativa de Información en Salud, Jefatura de Servicios de Educación Médica, Instituto Mexicano del Seguro Social.

A muchas substancias se les atribuyeron propiedades curativas; más cuando eran nuevas y difíciles de obtener —y al disminuir su novedad— dejaban de ser empleadas como medicamentos. Así sucedió con la papa y el ahuate, que al principio resultaban una novedad en Europa y se vendían a elevados precios, sin que se los empleara como alimentos, sino más bien como medicina útil para curar la impotencia.

Se definieron dos categorías de medicamentos. La primera incluía los que por sus características debían aplicarse activamente, por ejemplo, las hierbas medicinales y los venenos. La segunda categoría comprendía innumerables objetos y substancias que por sí mismas no ejercían acción eficaz en ningún sentido, tanto favorable como desfavorable, pero cuyo poder se derivaba exclusiva y directamente de las imágenes inducidas en la mente de los enfermos.

No es trivial la descripción de la farmacia mágica, pues en las reseñas nominales siempre se olvida algún objeto de primera magnitud. De un modo general sabemos que el amuleto y el fetiche constituyeron barreras de resistencia en torno al individuo, fuera de la casa o en los límites de la comunidad, barreras que no podían ser salvadas por las fuerzas agresivas. En contraste con tales medios de prevención hay otros de carácter activo, destinados a modificar las condiciones de las personas y de las cosas que provocan la enfermedad, y a corregir el estado de debilidad o mala fortuna de aquellos expuestos a la acción de fuerzas hostiles.

Es necesario distinguir entre amuletos y talismanes. La palabra *talisman* deriva probablemente del griego *talesma*, objeto de lujo y perfección. El talismán ejerce una influencia mágica activa, dado que puede proporcionar fortuna o éxito al que lo lleva. A veces estos dos atributos se confunden y el talismán es también amuleto o viceversa.

Todos los adornos del cuerpo fueron en su origen amuletos o talismanes, se tomaban como signos de bienestar y salud, y con el tiempo se transformaron en adornos o joyas cuyo significado mágico se ha olvidado. El carácter mágico de los amuletos explica igualmente la cantidad de adornos y tatuajes utilizados por los pueblos primitivos en todas las partes de su cuerpo (nariz, cuello, labios, orejas, brazos, pies, etc.). Esta costumbre no se originó por un sentido estético, y significó la defensa de la anatomía ante los peligros que la amenazaban.

Acaso a esto debamos añadir el carácter mágico de las panaceas o *panaqueas*, cuya eficacia para curar diversas enfermedades se atribuyó a su capacidad de remedio universal y lo que un día se calificó como poderes mágicos, tiempo después se le denominó orgullosamente "leyes de la naturaleza", que sólo sirven para explorar una inexplicable confusión —ciertamente que el tema se presta para una larga exposición.

Lo que hoy presentamos es producto del ocio, cuyo terreno natural son las creaciones humanas. De los objetos que se anuncian, más nos interesa la zona imprecisa que los rodea, o la fórmula mágica de su definición.

No es extraño que las mentes médicas de orientación humanista sientan también una atracción por estos objetos, tanto por lo que guardan de mágico como por su trascendencia en la terapéutica de nuestros días.

Desordenados y confusos, al menos dan la ocasión de descubrir el olvido y el inmenso lugar que ocupan en la historia médica.

II. Panaceas y talismanes en la medicina. Restos humanos

EMILIO GARCIA PROCEL*

Aun cuando las formas de tratamiento o prevención de las enfermedades empleados por el hombre a lo largo de su historia son incontables, podríamos, con una finalidad analítica, resumirlos en tres principios básicos: fe, medidas higiénicas y medicamentos.

* División de Auxiliares de Diagnóstico y Tratamiento, Hospital de Especialidades, Centro Médico La Raza, Instituto Mexicano del Seguro Social.

Las características de este simposio y el tema asignado sólo me permiten abordar el primero, que es el más antiguo y primitivo: curación mediante la fe, a través de la materialización de restos humanos o su simbología. Se persigue con ello retirar la posible condición morbosa.

La costumbre de usar algunos restos humanos aparece tempranamente en la historia, y esta práctica ha resurgido en distintas épocas. En nuestro siglo ciertos grupos hacen uso de ella, y al transitar por este sendero simplemente perpetuamos un proceso que se desarrolló hace muchos siglos entre los miembros de grupos inmersos en un mundo mágico y, por tanto, harto fantástico.

Antes de abordar el tema y presentar algunos ejemplos, permítaseme señalar ciertas diferencias básicas entre amuletos y talismanes. El término *amuleto* proviene del latín *amuletum*. Plinio lo usó para designar a cualquier objeto que protegiera contra las enfermedades, y los calificó de elementos médicos capaces de actuar de manera directa o indirecta. Existe un cierto sentido profiláctico en el término; de profilaxis médica y profilaxis mágica, puesto que el maleficio fue, durante muchos siglos, sinónimo de enfermedad. El amuleto representa un poder que adquiere toda su fortaleza del mundo que le rodea. Está emparentado con los fetiches, cuyo papel de protección es de similar naturaleza. En la actualidad los fetiches indios y los australianos guardan representación humana y eventualmente divina.

Por otro lado, el talismán tiene por definición, una finalidad determinada y precisa. Exige que intervan en su elaboración elementos naturales y que —para los fines de nuestro tema— bien podrían ser una cabeza humana, dientes, huesos o pelos. Generalmente la acción protectora tiene su fundamento en la analogía, aun cuando nos pueda dar la impresión de ser infantiles o ridículos.

Sin embargo, encuentra su ubicación en los linderos del pensamiento prelógico, desempeñándose en un contexto mágico, plétórico de interrelaciones prodigiosas. El talismán es, por este motivo, un ente especializado cuya protección se dirige hacia determinadas influencias.

En la evolución natural de los amuletos encontramos al talismán en un estadio de mayor complejidad. Los amuletos son muy numerosos y la lista de talismanes es más limitada. Así, un amuleto defiende una casa; pero los talismanes protegen contra animales, brujos o enemigos específicos.

Los talismanes tienden a la especialización, y en su forma más elaborada reciben el nombre de pantáculos.

Entre los antiguos hebreos existieron talismanes de

restos humanos. Las excavaciones nos han revelado la existencia de huesos horadados junto con cráneos. Ello hace suponer que fueron usados en rituales mágico-religiosos. La tradición hebrea pantácular es muy rica y guarda una fuerte asociación y afinidad con los nombres divinos. Son particularmente abundantes los talismanes conocidos como *terafin*, de forma humana y capaces de aceptar vestimenta. Se han encontrado pequeñas figurillas de éstas, y otras que muestran rasgos naturales. Todos estos datos se pueden leer en algunos capítulos bíblicos (Jueces, Samuel, etc.).

En Egipto se usaron también talismanes humanos contra las enfermedades, los demonios, la esterilidad y hasta las calamidades públicas. Algunas partes del cuerpo se asociaron a determinadas virtudes mágicas. Los ojos fueron objetos muy apreciados y significaban el símbolo mismo de las ofrendas. "Toma este ojo de Hor...", refiere el texto de las pirámides. En algunas ofrendas se usaba sólo uno, pero con mayor frecuencia dos, cuatro e inclusive se podía llenar una charola; contenían hileras de 4 x 7, esto es, 28 ojos divinos.

El Tjet surgió de las formas convencionales de los órganos genitales de la diosa Isis. Este fue un talismán muy valioso y estimado al brindar las virtudes mismas de ésta. El corazón momificado, las manos abiertas o cerradas, o bien representando la higa, que permite asomar el pulgar entre el dedo índice y el dedo medio, aún en nuestros días constituyen amuletos muy difundidos en el mundo occidental.

Entre los asiriobabilonios son particularmente impresionantes los *terafin*. Uno de ellos se encuentra en el Museo del Louvre, que por su aspecto resulta más cercano parecido a un animal que al hombre. Se llama "El demonio del Viento del Sudoeste". Este viento es una corriente atmosférica cálida, abrazadora y temida por perjudicial en Mesopotamia. La cabeza del *terafin* es una calavera que muestra grandes ojos de un dragón, su cuerpo es de murciélago, sus manos terminan en garras y los pies en uñas de buitre. Otros *terafines* tenían rostros humanos terroríficos o eran simples cráneos que se enterraban en los hogares; en ocasiones se colocaban en sus nichos, podían ubicárseles detrás de las puertas o entre los muros. También se han encontrado ojos o manos y aun falos.

En la tradición islámica se les usó profusamente. Más aun la palabra talismán proviene del árabe: *tilasm*. De ella deriva el término griego: *tesma*. Tienen una gran variedad de representaciones pero no son abundantes aquellos que tienen que ver con restos humanos; probablemente esto se encuentre en relación con la

prohibición de representar figuras humanas. Sin embargo, se tuvo cierta tolerancia hacia los cráneos y las manos. La mano de Fátima, que conjura el "mal de ojo", es su mejor ejemplo.

La tradición cristiana rompe con las culturas religiosas mediterráneas, quizás por tratarse de un culto nuevo. Sin embargo, la influencia se dejó sentir más de lo que teóricamente se acepta. Recordemos que la tradición de los talismanes y de los pantáculos fue calificada de práctica mágica. Por esto, los brujos y los magos fueron marginados del culto. Es más, se les consideró herejes y recibieron duras y ejemplares penas, incluso la muerte. La práctica de mutilación de los órganos genitales de los sacerdotes de la Cibeles romana, que solían ser lavados y embalsamados para depositarlos en los lechos nupciales, fue severamente perseguida. Varios episodios medievales permiten introducirnos en esta cacería de ídolos y cabezas humanas.

En las culturas precolombinas fueron abundantes los talismanes, y sus ritos y prácticas hicieron exclamar a los españoles: "estas mujeres (refiriéndose a las sacerdotisas) son parecidas a las que en España llamamos hechiceras". Se usaron una gran variedad de máscaras, sobre todo de muertos. Los cráneos se adornaban con mosaicos y tallas incrustadas. Estos procedimientos todavía se realizan en algunos grupos de Centro América. Eran famosos los *tepton*, amuletos con forma humana. Los talismanes podían también representar a la diosa del agua o ser figurillas entre nahuales y hombre, pieles, distintas partes del cuerpo que se ostentaban como trofeos, o simplemente la aplicación de sangre directa sobre la piel y los cabellos para procurar protección.

El mejor ejemplo de panacea que ha conocido la medicina occidental está en relación con las momias egipcias. Esta práctica determinó la destrucción de miles de momias, sobre todo en los cuatrocientos años que van del siglo XIII al XVII. En este lapso floreció la venta de los famosos polvos de momia. Se les empleaba para curar enfermos y se decía que eran prodigiosos si se administraban a los debilitados. No debemos asociar estos procedimientos exclusivamente con personas ignorantes y supersticiosas. Sir Francis Bacon, famoso filósofo inglés e iniciador conceptual de la ciencia experimental, los recomendaba para aquellos que padecían de debilidad sanguínea. No sabemos si Shakespeare usó estos talismanes, pero los menciona en varias de sus obras teatrales. En *Macbeth* recibe su mejor y más interesante descripción. Francisco I de Francia solía portar una pequeña cantidad, por el temor de padecer alguna enfermedad súbita o quizás un accidente.

En los últimos siglos ha interesado a los médicos el posible origen de esta práctica, y en su explicación más ortodoxa se acepta que derivó del empleo medieval del bitumen (que en Persia llamaban momia), el cual fue asociado al mineral que se usaba entre los vendajes empleados en el embalsamamiento. Su aspecto negruzco era similar al de este preparado.

Al principio tan sólo interesaron los vendajes, pero pronto por la facilidad del procedimiento fueron procesadas todas las momias. Los polvos de éstas se aplicaban en los casos de fracturas, contusiones y parálisis, e incluso eran empleados como antídoto contra venenos.

En el siglo XVI surgen, ante la desproporcionada demanda y el espectacular saqueo, restricciones por parte de los gobernantes egipcios y con ello se inicia el tráfico ilegal y el fraude. Este consistía en aplicar asfalto en las cavidades de los cadáveres. Varios médicos franceses denunciaron la existencia de fábricas de momias. En una de ellas afirman haber visto hasta cuarenta cadáveres preparados y listos para ser vendidos. Les preocupó conocer la causa de la muerte por el temor a la peste, y se horrorizaron al saber que los traficantes sólo procesaban a los cadáveres sin averiguar ningún dato referente a la procedencia de los mismos. El pánico de los pacientes o supuestos consumidores ante esta denuncia determinó su paulatina extinción de tales polvos de los anaques de las boticas. Hasta aquí llegó el empleo de éstos en medicina. Sin embargo, las momias continuaron siendo objeto de saqueos por otras razones hasta principios del siglo XX.

Durante el siglo XIX las momias fueron usadas para elaborar papel fino. En la correspondencia más elegante se hizo uso del papel de momia. Basta recordar que en promedio se empleaban unos doscientos metros de fina tela de lino en cada momia, aunque en algunas — tal es el caso de Ramsés III —, se emplearon cerca de cuatrocientos metros para su envoltura.

III. Talismanes y pantáculos

JOSE SANFILIPPO B.*

Desde tiempos inmemorables el hombre ha sentido necesidad de ser protegido por fuerzas sobrenaturales, sin importar de donde vengan. Una de sus grandes preocupaciones ha sido la enfermedad que en tiempos

* Secretario de la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina.

muy remotos se consideraba que era un maleficio; más tarde fue un castigo divino por las faltas. En el siglo XVI el médico alemán Paracelso consideró que la enfermedad podía tener cinco causas: Dios, los astros, las operaciones mágicas, la herencia y los excesos.

Así, para protegerse de las fuerzas sobrenaturales el ser humano encontró determinados medios que le permitieron sobrevivir hasta nuestros días. Uno de los elementos más antiguos de los que se valió el hombre para protegerse es el amuleto, término latino que Plinio utilizó para designar un objeto que protege a las gentes contra las enfermedades, que es una sustancia médica y que actúa tanto directa como indirectamente. Los productos que se utilizan para su elaboración pueden ser de origen vegetal o animal como, por ejemplo, troncos, hojas o frutos de determinadas plantas o árboles, o bien animales como el escarabajo, o parte de ellos como la pata de conejo o los dientes de tiburón.

El amuleto es un objeto que tiene más de superstición que de magia; es de carácter general y puede ser usado por cualquier persona en cualquier circunstancia. En el British Museum existen varios amuletos de origen fenicio en forma de cilindros-sellos, en los que están grabadas figuras de genios y dioses. Asimismo se encuentra una colección de escarabajos egipcios con inscripciones protectoras.

Por su parte, el talismán es un instrumento protector más evolucionado. Es artificial y la influencia que se le atribuye está en función de un raciocinio simbólico y analógico. La palabra talismán procede del árabe *tilasm*, que a su vez la toma del griego *telesma*, que significa "objeto consagrado". Este término a su vez se deriva de la voz hebrea *tselem* que quiere decir "imagen".

El talismán es un objeto "científico" que está sometido a las leyes de correspondencia en su fabricación; por lo tanto es un instrumento de protección especializado. Esto es, que protege contra determinado influjo, a diferencia del amuleto que defiende amplia e indiscriminadamente a quien lo tiene.

Cabe citar a Estanislao de Guaita que decía: "para que un talismán sea eficaz, es decir, para que guíe y proteja a aquel para quien se ha realizado, es necesario que los deseos del requirente estén en su esfera y que sean legítimos y que no contengan nada contra la sabiduría ni contra la ciencia". Así pues, el talismán es personal y no puede prestarse, sirve para obtener resultados precisos y determinados.

A su vez, el pantáculo es la forma más evolucionada de los instrumentos de protección; se dice que es la verdadera "obra de arte" que ha dado origen a la ciencia

talismánica. No debe confundirse esta palabra con pentáculo, que es una figura de cinco puntas o una estrella de cinco brazos. Pentáculo deriva del griego *pantos*, que significa "todo", y *klea*, que es una acción gloriosa.

El pentáculo tiene en sí influencias celestes. Es un emisor flúidico, no un simple elemento protector; irradia cierta fuerza mágica. Mientras que el talismán contiene una sustancia sagrada (como textos u objetos) que son analógicamente favorables, el pentáculo actúa con las potencias del cosmos.

Los talismanes se hacen con un pedazo de metal o de ciertas piedras con determinadas propiedades. Para su grabado se emplean estiletos "mágicos". Se trabaja en ciertos días y en horas propicios y el operador debe estar a solas. Su forma es generalmente circular pero también las hay pentagonales, hexagonales y octogonales. El tamaño varía y los escritos comúnmente tienen que ver con textos sagrados, principalmente de origen bíblico.

Los talismanes propiamente dichos son anillos o sortijas con alguna piedra preciosa engastada y los signos propios grabados por dentro o fuera. En cambio, los pentáculos son medallas metálicas, llamadas también "medallas talismánicas", en cuya elaboración se emplea el material adecuado para cada astro, dependiendo de las necesidades del solicitante. En la parte central de la medalla se inscribe, entre dos círculos concéntricos, una frase ritual o una figura simbólica, y en la parte externa se colocan las cifras o figuras convencionales que completan el simbolismo. En la antigüedad en vez de metal se utilizaba pergamino virgen, y los caracteres se dibujaban con tinta mágica, como la celeste y la áurea.

Uno de los talismanes más antiguos que se conoce es el de la fórmula hebrea "Abracadabra", que el médico Quintus Servius Samonico utilizaba. Escribía en un pergamino virgen tal conjuro y lo colgaba en el cuello de sus enfermos. Este talismán se hace escribiendo esa palabra en once renglones, que es el número de letras que contiene, a los cuales se suprime progresivamente la última de modo que se forme un triángulo invertido. El misterio estriba en que sí se escribe con caracteres griegos representan números que por cualquier lado que se lea da la cifra 365, que son los días del año.

Otra palabra que también es muy común en la fabricación de talismanes y pentáculos es el nombre de Jehová, el cual se descompone en setenta y dos nombres; al arte del manejo de todos éstos se le llama "clavicula". Esta se compone de setenta y dos círculos mágicos, y cada dos círculos forman un talismán, de tal forma que hay treinta y dos de ellos. Entre las claviculas más conocidas está la de Salomón, escrita por Iroé el

Mago hacia el siglo XI. En este libro se encuentran algunos secretos sobre talismanes, anillos mágicos y fórmulas maravillosas.

Otra fuente importante de conocimiento de la ciencia talismánica son los *grimorios*, obras que contienen colecciones de escritos mágicos y cabalísticos. De estas obras las que sobresalen son las de los papas Honorio, escrita en 1525, y León III, que data de 1584.

Los principales talismanes y pentáculos son los consagrados a los diferentes astros. Así, por ejemplo, para el Sol hay siete tipos de talismanes, para la Luna y Marte seis; para Mercurio y Venus cinco, y para Júpiter y Saturno también hay siete. Estos se deben fabricar utilizando los metales y las piedras sobre las que tienen influencia cada uno de los siete planetas y fabricarlo el día consagrado al astro. Así pues, tenemos que el domingo es del Sol, el lunes de la Luna, el martes de Marte, el miércoles de Mercurio, el jueves de Júpiter, el viernes de Venus y el sábado de Saturno.

Asimismo, los metales y las piedras correspondientes a cada uno de los astros son: para el Sol el oro y el carbunco; para la Luna la plata y el diamante; a Venus le corresponde el cobre y la esmeralda; a Mercurio el metal líquido del mismo nombre y la sardónica; a Marte el hierro y el rubí; a Júpiter el estaño y el zafiro, y finalmente a Saturno el plomo y la obsidiana. En correlación cada dedo corresponde a un planeta y en él se debe llevar el anillo talismánico.

En épocas modernas a estos siete planetas se les han agregado (o han sido sustituidos por) los doce signos del zodiaco, que también tienen sus correspondientes metales, piedras, colores, meses, etc.

El talismán más poderoso es el llamado *dominatur*, el cual contiene la llave de todas las puertas de las ciencias desconocidas. Está hecho de oro, latón, bronce y piedra imán. Se fabrica el domingo por la mañana a la primera hora de la salida del Sol. Tiene forma de pergamino, grabadas palabras hebreas y sobre éstas una llave. Después de decir las oraciones correspondientes al Supremo Hacedor, recordándole el poder que dio a los diferentes astros, se coloca en una bolsa de seda encarnada y se perfuma con incienso y mirra. Todos los domingos a la salida del Sol se echan en la bolsa limaduras de hierro y siete granos de trigo como ofrenda a los planetas; se coloca junto al corazón. Se dice que Carlomagno llevaba siempre este pentáculo al emprender alguna campaña.

También es de suma importancia el Anillo de Salomón, que se fabrica con oro puro, en domingo, a la salida del Sol y en el mes de mayo. En el centro lleva una

esmeralda en la que se graba una figura de este astro, y en el lado opuesto —sobre el aro—, la figura de la Luna, a la que siguen las palabras *Dabi, Habi, Haben, Alpha* y *Omega*, escritas en caracteres hebreos. Este anillo se pone en contacto con la piedra imán a la salida del Sol y se recita la siguiente salutación: “os dedico, Señor poderoso Alpha y Omega, sustancia y espíritu de toda la creación, al recuerdo diario de mi alma que espera vuestra divina protección, en cuantas obras haya de ejecutar este día”; en seguida se coloca en el corazón el dedo de la mano derecha.

Así como estos talismanes o pantáculos se pueden citar muchos más con indicaciones médicas, como el de los “Nombres de la Purísima Virgen María” que se recomienda para que “las solteras no sean jamás engañadas por su novio; auyenta las tentaciones de la carne, y es de gran virtud para evitar el aborto y malos partos a las casadas” (*Enchiridion Leonis Papae*); o el Talismán de Adonay, que sirve para que “el que lo llevara no (sea) envenenado, ni hechizado; se verá libre de toda peste y enfermedades infecciosas” (*El gran grimorio del Papa Honorio*).

Aunado a esta ciencia talismánica están los rezos y las oraciones dirigidos directamente contra determinadas enfermedades, pero esto es tema de otro trabajo que analiza a los santos en la medicina.

Referencias

1. Honorio Papa. *El gran grimori*. Ediciones Roca. México, 1977.
2. Iroé el Mago. *Clavículas de Salomón*. Ed. Roca. México 1977.
3. León Magno, Papa. *Enchiridion Leonis Papae*. Ed. Martínez Roca. México, 1976.
4. Piobh PV. *Formulario de alta magia*. EDAF. España, 1977.
5. Rivière, Jean. *Amuletos, talismanes y pantáculos*. Ed. Martínez Roca. Barcelona. 1974.
6. Scholten, Max. *Diccionario de las ciencias ocultas*. Ed. Dalmau. Barcelona. s. f.

IV. La Mandrágora: planta de magia y razón

JORGE AVENDAÑO INESTRILLAS*

Hablar de la mandrágora es referirse a uno de los recursos terapéuticos más extraordinarios dentro de la herbolaría de todos los tiempos. Es una planta que fue utilizada por los grandes faraones, por reyes medievales

* Miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina.

y por médicos del siglo XIX. Ha sido mencionada en obras de autores tan disímboles como lo son Hipócrates (450 a. C.), Dioscórides (siglo I d. C.), Maquiavelo y William Shakespeare (en el siglo XVI).

En su acepción mágica la mandrágora fue utilizada por las brujas para elaborar un ungüento que les permitiera volar, y en un sentido racional fue empleada por los médicos como relajante en la cirugía ocular.

Esta planta fue alivio de la infertilidad de las damas del Renacimiento, y recurso utilizado por los carceleros chinos y judíos para producir un estado de obnubilación en los prisioneros y hacerlos confesar delitos reales o imaginarios. El famoso cirujano militar Larrey administraba mandrágora a los soldados heridos en el campo de batalla para intervenirlos quirúrgicamente.

Ahora bien: ¿cómo explicarse que el hombre haya puesto en el empleo de la mandrágora, al igual que en el de otros talismanes y panaceas, una fe absoluta? ¿Cómo entender que por muchos siglos hombres tan diferentes y en tan variados ambientes hayan empleado una planta como la mandrágora para fines heterogéneos, siempre revestidos de una aura fantástica, cuando no sobrenatural?

Para muchos la respuesta es: fe ciega. Para otros: pura superstición. Para mí la respuesta válida es: *magia*. *Magia pura*; no la magia concebida como engaño o hipocresía, sino el pensamiento mágico, como una forma de conocimiento empírico.

Desde el punto de vista de la epistemología el empirismo no es una instancia despreciable. Ha de ser valorado —y revalidado en nuestros tiempos tan científicos— como el umbral de un conocimiento que se va depurando con el tiempo.

Sir Edward Tylor, a quien algunos ingleses llaman el “padre de la antropología”, afirma que la magia se fundamenta en la propensión generalizada del intelecto humano a basar su conocimiento en el “principio de la asociación de ideas”. Según él, la falsa o equívoca aplicación del “principio de las analogías” consiste en tomar relaciones meramente contingentes como si fueran relaciones de causalidad verdadera. Estas se aplican a un fenómeno determinado, el cual, en estas circunstancias, se convierte en un hecho mágico.

Aun cuando la afirmación pueda ser verdadera en cierto grado, su enfoque nos parece muy estrecho. Afirma que el “principio de las analogías” es aplicado siempre de manera equivocada en el pensamiento mágico es, por lo menos, demasiado generalizador. A todos nosotros se nos ocurriría pensar de inmediato que si la magia surge de una aplicación de falsas analogías, ¿cómo

fue que la mandrágora se mantuvo vigente por tanto tiempo en la herbolaria terapéutica, cuando su empleo estaba basado en un "principio de analogía" muy claro: el parecido de su raíz con la morfología del cuerpo humano? "A ciencia cierta", nadie sabía la razón de sus efectos, pero la analogía bastaba. Y el tiempo nos ha demostrado que tal analogía no era falsa, sino absolutamente verdadera.

La mandrágora constituye un magnífico ejemplo para ilustrar cómo el pensamiento mágico antecede a otras formas de entender la realidad. El pensamiento mágico es un recurso que le permite al hombre hacer una primera aproximación a los misterios que le plantea su relación con otros hombres pero, fundamentalmente, como una primera explicación de los fenómenos del universo, en el cual vive. Cierto, tal instancia es de naturaleza empírica, pero no se queda en eso: nos permite ver en la magia el germen de un conocimiento que ha de ir depurándose poco a poco.

La mandrágora, planta solanácea, silvestre, de hojas de color verde oscuro, flores blanquecinas o azuladas, como campanillas, que rodean a un fruto de olor fétido, tiene, sobre todas las otras plantas, una característica peculiar: su raíz, como una gran zanahoria retorcida, se parece al cuerpo humano. Por eso se la llamaba: "hombrecillo vegetal", "hombre raíz", "cabeza de Adán" y "hombrecillo de las horcas".

Todo aquel que deseaba arrancar del suelo una planta de mandrágora debía seguir un ritual bastante complicado: primero, tenía que amarrar una cuerda por debajo de las hojas; en el otro extremo de la cuerda ataba a un perro hambriento; desde lejos le ofrecía al perro una comida succulenta; el perro jalaba de la cuerda y el "mandragorista" (hombre encargado de recolectar la planta) se cubría los oídos lo mejor que podía; la planta, al ser desprendida del suelo, emitía un espantoso quejido, tan horrible, que el perro caía muerto instantáneamente.

Esto en pleno Medioevo. Una época en la que proliferan creencias bastante extrañas para nosotros, pero cuya naturaleza, en sorprendente contradicción histórica, se transformó en las semillas de lo que vendría después: la gloriosa luz del Renacimiento.

En esa época la mandrágora estaba al servicio de la magia en muchas comunidades europeas. Debido a su antropomorfismo, es decir, por el parecido de su raíz a un cuerpo humano, la planta era un recurso perfecto para la técnica de la defixión, o sea, el pinchar, quemar, enterrar o fracturar la raíz para que el enemigo, a distancia, sufriera los mismos daños.

La mandrágora, el beleño y la belladona fueron, hasta mediados del siglo XIX, los recursos empleados para una analgesia de orientación empírica, antecedente inmediato de la anestesia moderna que llegaría con los trabajos de Crawford Long, Morton y Simpson en 1846.

Hoy sabemos, gracias a la ciencia, que estas plantas pertenecen a un mismo grupo químico; las tres contienen alcaloides del tipo de la atropina, la hioscina y la escopolamina.

Pero esto no se sabía en el siglo XVI, cuando el médico napolitano Giambattista Della Porta era incapaz de hablarnos de alcaloides para explicar los efectos de la mandrágora. En cambio, seguramente basado en las obras de Plinio el Viejo, sostenía que las plantas y los animales parecidos entre sí deberían hallarse unidos por una "misteriosa correlación".

Era evidente que el hombre, al atribuir a una planta, un animal o un mineral la propiedad de tener una "voluntad individual", quería establecer un vínculo simbólico de unidad esencial entre todos los elementos, una especie de universo edénico, paradisiaco, que sustituyera la confusión de los distintos reinos de la naturaleza.

Desde el punto de vista de la epistemología, la magia no es una instancia risible, ni debería verse con desprecio, como ven las supercherías los ignorantes.

La magia aún conserva su fuerza. Nació con el hombre mismo y convive con él. Las razones de tal convivencia no son meramente abstractas, sino bastante prácticas. Basta señalar que miles de hombres en todo el mundo siguen teniendo a la magia como única opción para luchar contra la enfermedad; como única esperanza para recuperar la salud. Y ya no estamos en la Edad Media, sino en los albores del siglo XXI.

En el *Fausto* de Goethe encontramos todo esto dicho de una manera poética y bellísima:

Y sin caudal, ni crédito, ni honores,
vida arrastro que un can despreciaría.
Dóyme a la magia, pues. ¡Oh, si pudiera
el vigor del espíritu que anima
al verbo humano revelarme
la secreta clave de todos los enigmas!

No ha sido propósito de estas líneas emprender el rescate de la eficacia curativa de panaceas y talismanes. Lo que es perfectamente legítimo, dentro del método histórico, es valorar aquellos conocimientos empíricos que han dado origen a otros criterios, más modernos, con los cuales seguimos tratando de aproximarnos a la realidad que nos rodea.

V. El cuerno del unicornio

JUAN SOMOLINOS PALENCIA

Desde su nacimiento, la idea occidental del unicornio estuvo ligada al sentido de libertad, a una idea de sensualismo. Pero sobre todo a un misterio que propició imaginaciones, inventivas, entelequias y apariciones.

Este ensayo no es una exposición de lo anterior; es una colección de recetas y atributos terapéuticos del unicornio: el pasado y el presente de este animal es una suerte de monografía; una monografía donde la historia natural es la ocasión para describir anatomías, fisiologías y vicisitudes mentales y afectivas; reales y fantásticas, de la relación no siempre feliz del unicornio con el ser humano. Monografía que algunos autores convierten en la búsqueda de sí mismos, de su destino.

Plantado en su incógnita, bello y desagradable a un tiempo, vive en el hermetismo que lo originó y resiste con resignación cuando, sin comprenderlo, le adjudican formas y fórmulas ajenas. El unicornio se transformó en un animal fabuloso, cuya verdadera existencia han querido testimoniar los más famosos naturalistas de la antigüedad e incluso algunos de la Edad Moderna. Se menciona en las obras de Aristóteles, Plinio y Claudio Aeliano; se dijo que era originario de la India¹ o el África. Al buscar al unicornio, los prehistoriadores encontraron en los hielos perpetuos de Siberia dientes de mamut y restos de rinocerontes de la época glacial. Con el deseo de encontrarlo vivo, los exploradores descubrieron en el sur de Asia y en África las cinco especies de rinocerontes que aún existen en nuestro planeta. En los mares del extremo Norte se encontró por fin el *narval*, representante de los cetáceos con dientes, cuyo colmillo helicoidal apareció durante un tiempo en las imágenes que representaban al unicornio, y cuyo nombre científico (*Monodon monoceros*) apadrinaba incluso al unicornio.

Cualquier contacto con el unicornio, así sea momentáneo, muestra que bajo su forma laten todavía antiguas creencias y tradiciones. Testimonio de autores griegos y romanos aseguran que fue originario de la India, que tenía forma de caballo con pelaje blanco,

cabeza purpúrea, ojos azul oscuro y un sólo cuerno largo (de un pie y medio) en la frente, cuya base era blanca, cuerpo negro y punta roja.² La disparidad anatómica aumentó cuando Plinio³ agregó otras fantasías a esta descripción: "*Dan caza en la India a otra fiera: el unicornio, semejante por el cuerpo al caballo, por la cabeza al ciervo, por las patas al elefante, por la cola al jabalí. Su mugido es grave; un largo y negro cuerno se eleva en medio de su frente. Se niega que pueda ser apresado vivo*".

Para los griegos *monocroto*, para los romanos *unicornium*, los indios le llamaron *cartazono*; todos sostuvieron que la naturaleza producía unicornios y todos se esforzaron por dar una imagen fiel del mismo. Debí ser un gran enigma para los cazadores de la antigüedad, quienes discutían los procedimientos para capturar este animal. Se habló de que su cuerno se movía como una espada, contra la cual ningún cazador podía luchar. Se dijo que cuando era acorralado se arrojaba con el cuerpo por delante sin sufrir daño alguno.

Aeliano aseguró que fue animal de gran fortaleza, habitante de lugares aislados y lejanos; violento aun con sus hembras e imposible de capturar en edad adulta. Algunos viajeros afirmaron haberlo visto, pero nadie pudo dar pruebas concretas de su existencia.

Para un mejor entendimiento del unicornio hay que estudiarlo en la Edad Media, tiempo en que cobra este fabuloso animal su mayor importancia; y aunque su mito se repite tiende a cristianizarse, como se comprueba en las distintas versiones de *Physiologus* griego (siglos III al V d. C.)⁴ donde se asegura que el unicornio:

Es un animal pequeño, como una cabra; pero es muy huido, y los cazadores no pueden acercarse a él, pues tiene gran astucia. Tiene un cuerno en mitad de la cabeza. Expliquemos ahora cómo se le atrapa. Envían a su encuentro a una doncella pura, revestida de una túnica. Y el unicornio salta a su regazo; ello lo amansa, y él la sigue; así lo conduce al palacio del rey.

Vemos así que el unicornio es la figura de nuestro Salvador, el cuerno de salvación alzado para nosotros en la casa de nuestro padre David. Los poderes celestiales no pudieron realizar la obra por sí solos, pero El Niño que hacerse carne y morar en el cuerpo de la verdadera Virgen María.

¹ En el arte egipcio no aparece el unicornio; lo mismo sucede en las artes griega y romana. Pero con los relatos de viajes a la India de autores griegos se inicia la tradición occidental de éste: mitos cuyos orígenes mesopotámicos y posteriormente hindúes salen de nuestro relato. Un buen estudio genealógico del unicornio es el capítulo "El rey de los animales fabulosos", que Herbert Wendt escribió en su magnífico libro *El Descubrimiento de los Animales* (España: Ed. Planeta 1982: 21-34).

² Ctesias (308 a. C.), médico de Artajerjes II Mnemón, refiere por noticias indirectas —ya que no conoció la fauna de la India—, que en los reinos del Indostán hay asnos silvestres muy veloces, de pelo blanco y con un cuerno en la frente...

³ *Historia Natural*, de Cayo Plinio Segundo, "trasladada y anotada por el Doctor Francisco Hernández", *Obras completas de Aniceto Hernández*. México: Ed. UNAM 1966, Libro VIII, 21: 382-383.

⁴ El *Physiologus* griego (siglos III al V d. C.), ha tenido diferentes versiones y contiene un clásico bestiario o zoología de la antigüedad,

A lo anterior añaden otros intérpretes del *Physiologus* que la doncella debía ser pura, casta, immaculada y presentarse ante el unicornio con los senos descubiertos, un atractivo más para atrapar al animal que se conduciría familiarmente con ella.

Mucho más podríamos extendernos en cuanto a la apariencia y la conducta del unicornio, pero al centrar nuestro propósito en anotar sus aplicaciones terapéuticas la descripción se reduce a dos funciones fundamentales: la de antidoto⁵ y afrodisiaco.

Los nobles en la Edad Media, temiendo ser envenenados, se procuraban a precio de oro vasos de cuerno de unicornio, material que según decían neutralizaba los efectos de un posible veneno. Por estas mismas cualidades, los mangos de los cuchillos fabricados con estos cuernos destilaban un licor muy fino que indicaba, mediante un cambio al color negro, la presencia de cualquier sustancia tóxica.

La perspectiva de la tradición ocasionó una credulidad que cooperó con el comercio siempre dispuesto al lucro. Los pretendidos cuernos de unicornio eran nada menos que piezas dentarias o córneas de diferentes animales, incluso el cuerno de rinoceronte o de orix, que por sus dimensiones permitía la fabricación de estos objetos. A falta de vaso fabricado con un cuerno de unicornio, algunos se contentaban con un trozo del mismo cuerno para mango de cuchillo.

Al cuerno del unicornio se le atribuyeron varios prodigios; decíase que toda bebida envenenada hervía de inmediato en cuanto se le añadían unas limaduras del legendario cuerno; que éste, reducido a polvo, servía como antidoto y desintoxicante. Los médicos recetaban polvo del cuerno de unicornio para la gota, la tos, las palpitaciones del corazón, convulsiones, obstrucio-

cuya información constituyó el mejor conocimiento de los animales durante el medioevo. Además de este texto existen otros bien estudiados en la edición *Bestiario Medieval*, de Siruela, de Ignacio Malaxicheverría, Madrid, España, 1986.

⁵ En su *Historia Natural* (ibíd. nota 3), Cayo Plinio hace la diferencia entre el unicornio y el asno indico, y transcribe las recetas de Aeliano y Filóstrato: "Aeliano en el libro cuatro, capítulo LI, dice que el cuerno del asno indico, bevido, asegura de enfermedades incurables de spasmo, gota coral y ponzoña, y que después de beberlo se vomite el veneno y da perfecta salud y, en el capítulo XXXIX del libro tercero, alaba admirablemente su virtud junto con la del cuerno del caballo indico. También Filóstrato, en el libro tercero de la *Vida de Apolonio*, dice que se toman en las lagunas cercanas de la India muchos asnos silvestres, los cuales tienen un cuerno en la frente con que generalmente pelean a modo de toros, y que los indios hazen de sus cuernos vasos, teniendo por cierto que el día que beviere con ellos no pueden padecer enfermedad alguna, ni dolor, aunque sean heridos, ni envenenarse de ponzoña alguna que bevan, y que, por tanto, beven con estos vasos los reyes, ni es permitida a otro alguno su caza".

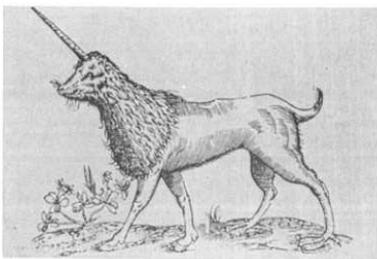


Figura 1. El Unicornio se transformó en un animal fabuloso

nes, desnutrición, melancolía o tristeza, pero con especial preferencia para la infección y fortificación de las partes nobles; contra la impotencia y la esterilidad. Por este motivo, poco a poco el unicornio fue a parar a los rútolos comerciales de las apotecas. Además, este hecho contribuyó considerablemente al exterminio de los rinocerontes, hizo que el *narval* se transformara en un objeto de caza muy perseguido, y motivó grandes excavaciones en las que salieron a la luz: colmillos, cráneos, huesos de mamuts y otros fósiles que una vez pulverizados se etiquetaron como *Unicornium verum*; como auténtico cuerno de unicornio.

En términos psicológicos la pobreza de la libido de aquellos a quienes se recetaba polvo de cuerno de unicornio era confundida muchas veces con la melancolía, una especie de vicio interior y de neutralización de la sexualidad. Buena parte del mito sensual del unicornio satisfizo, junto con el polvo de su cuerno, la exigencia de un erotismo y una sexualidad normal; así, vemos que el unicornio se convirtió en un símbolo sensual al servicio de frígidas e impotentes de épocas pasadas.

Y si vamos más allá, un juego de ideas opuestas provoca desconcierto en el mito del unicornio. Si algunos autores nos lo presentan como un animal inocente, otros relatan el mito con una cierta dosis de perversidad. De este modo, al final se entiende que la pureza y la maldad no son otra cosa que un juego en torno a la sensualidad; que la dualidad moral interpretada para una fantasía.

No es fácil expresar con palabras y conceptos lo que sentimos y pensamos al saber del unicornio. Sentimientos e ideas fugaces que sólo dejan una impresión. Es verdad que las aplicaciones terapéuticas asignadas al cuerno de este animal fueron abandonadas en el siglo XIX.

Nada más alejado de su mito que los unicornios de

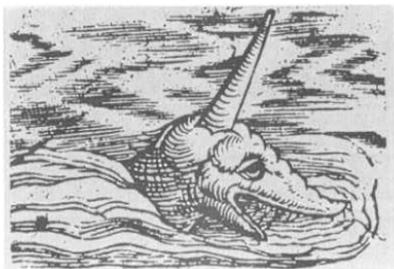


Figura 2. En los mares del Norte se encontró el narval, cuyo cuerno suplantó al del Unicornio

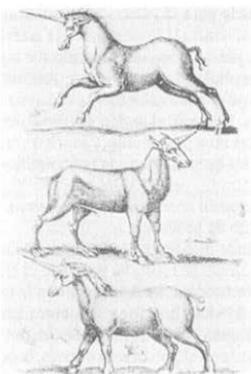


Figura 3. La disparidad anatómica de los unicornios

hoy, engendrados por la comercialización. Nada más irritante que la profanación ritual donde se le representa en ridículas figuras.

VI. La piedra bezoar

JUAN SOMOLINOS PALENCIA

El bezoar producto muy codiciado, se consideraba de gran valía; presunto antídoto de los venenos que, según la leyenda, era una lágrima cristalizada de ciervo que había sido mordido por una serpiente.

Hasta hoy perdura la leyenda y el uso de la piedra bezoar que no es sino una concreción calcúlosa constituida de capas superpuestas en torno de un núcleo central formado por pelos, residuos vegetales, pequeños trozos de madera u otras substancias y que se encuentran en el estómago de diferentes animales, principalmente rumiantes.

Su nombre proviene de la lengua persa, y significó aire que expulsa el veneno; es decir, un antídoto. Es una transformación de la palabra *pādzahr* o contraveneno.

Hay autores que, juzgando la etimología, estiman que el conocimiento originario correspondió a los judíos. En todo caso, la piedra bezoar fue fundamentalmente un contraveneno cuyo conocimiento inicial correspondió a judíos o persas, pero el hecho es que los árabes la adoptaron y difundieron con entusiasmo.¹

Se distinguen dos variedades de bezoares: el oriental y el occidental. El *bezoar primitivo* u *oriental* proviene de la *Capra aegagrus* o *paseng*, que vive en estado salvaje en las montañas de Persia y el Cáucaso. Sus cálculos, insolubles en agua, alcohol, éter y ácido clorhídrico están formados por ácido elálgico o bezoárico. También proceden de Oriente otros bezoares que tal vez son cálculos biliares de antílopes, solubles en alcohol caliente y formados en su mayor parte por ácido litofélico y, además, los que provenían de vacunos y camellos. En cambio, el *bezoar occidental* o *americano* procede de diversas especies animales: llamas, vicuñas, guanacos, alpacas, tapires y venados. Son más duros que los orientales y están formados por fosfatos de calcio y magnesio.

El bezoar oriental se presenta en formas esféricas de tamaño variable, brillantes en el exterior, de color bermejo o aceitunado obscuro, a veces con manchas pardas de color más claro por dentro. Está formado por capas delgadas y concéntricas dispuestas alrededor de un núcleo de restos orgánicos. Por su parte, el bezoar occidental es piedra más dura y pesada de forma plana u oval, y a diferencia de las orientales, su color es pardo o negro mate. Las capas que lo configuran son más gruesas y de naturaleza terrosa.

Rhazés fue uno de los primeros en mencionar las milagrosas virtudes de la piedra bezoar, habiéndola experimentado con éxito contra algunas plantas venenosas como el acónito. Serapión refirió que serpientes venenosas, cerca de cuyas bocas puso bezoar murieron

¹ Los árabes tomaron el vocablo del persa *pādzahr*, con *c* de *pād*, que antepuesto a un sustantivo significa que expulsa o preserva de los venenos o los expulsa del cuerpo. Según el *Diccionario de la Academia Española*: "Bezoar (del árabe *bezahar*, y éste del persa *pādzahr*, contraveneno). Bezoar".



Figura 1. Piedra bezoar oriental engarzada en filigrana de oro

a poco de permanecer por aquél contacto como atollonradas e incapaces de moverse o dañar.

También trataron del bezoar Avicena, Averroes y Avenzoar, que dedicó todo un libro a esta piedra e hizo fama al curar de una ictericia tóxica a un condestable del califa de Sevilla. Abdel Narach refiere que el califa de Córdoba, salvado de una grave intoxicación con la piedra bezoar, obsequió su palacio a quien se la había proporcionado.

El uso de estas piedras fue introducido primeramente en España e Italia por los árabes, y de allí se propago a toda Europa. Arnaldo de Villanova —español y uno de los más grandes médicos de la Edad Media—, y su discípulo Raimundo Lulio, preconizaron la piedra como el antídoto más eficaz, de modo tal que cuando los españoles llegaron a América la traían para defenderse de las mordeduras de animales venenosos, y al sentir temor de que escaseara pronto se tranquilizaron, pues encontraron que otros ruminantes del Nuevo Mundo también la producían.

En un principio el bezoar fue el remedio clásico contra la intoxicación; como tal fue introducido en los países del Occidente por los árabes que, a su vez, referían su empleo a Aristóteles. La creencia en las virtudes curativas del bezoar se fundó en antiquísimas tradiciones euroasiáticas, que se remontan a China y hasta el archipiélago malayo.

La piedra bezoar era contraveneno universal, fortificaba el corazón, excitaba los sudores, ponía punto final a la diarrea, curaba las fiebres malignas y la viruela. De la piedra bezoar occidental se debía dar una dosis mayor, pues era menos activa que la oriental.

La medicina árabe atribuyó al bezoar oriental una doble virtud: tomado en polvo se pretendía que anulaba

el veneno ingerido, y espolvoreado, por transpiraciones, curaba las mordeduras de reptiles o insectos venenosos. La segunda acción curativa del bezoar era de naturaleza mágica. Los amuletos de bezoar pasaban por ser un medio protector contra los envenenamientos y, ante todo, se creía que el mismo contacto del bezoar con una bebida o manjar envenenados quitaba a éstos sus propiedades tóxicas. A esta creencia debe el bezoar su empleo en las cortes de varios soberanos europeos del Renacimiento, en las que imperaba el temor al envenenamiento, e incluso se siguió empleando para este fin en la época barroca.

En verdad la mayor prueba en cuanto al uso de la piedra bezoar es la antología de descripciones hechas en distintos tiempos por médicos y naturalistas, en particular aquellos textos directamente relacionados con nuestra historia médica. Quizás el principio fue cuando Pedro de Osma —en una carta escrita en Lima con fecha 26 de diciembre de 1568²—, comunicó a Nicolás Monardes el descubrimiento de bezoares en el Perú y al mismo tiempo le envió algunas piedras de llamas y vicuñas. La descripción despertó en Europa gran interés y desde entonces figuró entre los presentes que eran llevados del Perú para ser ofrecidos a la Corona.

El célebre Nicolás Monardes, que tanto contribuyó a dar a conocer en España los productos medicinales del nuevo continente, escribió en los años 1569 a 1571 *dos libros, el uno que trata de todas las cosas que traen de nuestras Indias occidentales que sirven al uso de la medicina, y el otro que trata de la Piedra Bezoar y de la Yerva Escuerzonera*, dice: “Este nombre Belzar es nombre hebreo,

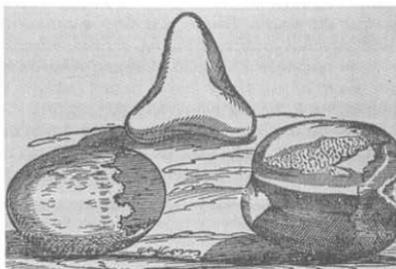


Figura 2. Muestra de piedra bezoar publicada en la *Historia Natural de la Nueva España* de Francisco Hernández

² La carta de referencia fue publicada por Monardes en su *Historia medicinal de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales que sirven a la medicina*. Sevilla, 1580.

porque belem hebreo quiere decir tanto como Dominus y zaar venenum, como si se dijese Señor de los Venenos: y con razón tiene el tal nombre, pues es señora esta piedra de los venenos que los extingue, mata y destruye como señora dellos".

Monardes mencionó las piedras bezoares del Perú y se felicitó porque estas maravillas se encontrasen en América; las comparó con las que llegaban de la India oriental, de donde dijo: "sólo diez de cien piedras son verdaderas y efectivas". Aseguró que las piedras del Perú conservaban todas las condiciones de los bezoares finos, y que esto era debido a que los animales originalmente se criaban en la montaña, mientras aquellos que pastaban en los llanos no tenían tantas virtudes medicinales.

Años después el padre jesuita José de Acosta,³ poeta, cosmógrafo e historiador, que durante el siglo XVI tuvo tanta participación en América, publicó en 1590 en Sevilla su libro *Historia Natural y Moral de las Indias*, en el señaló diversas indicaciones de la piedra bezoar: en caso de intoxicación, cualquiera que sea el veneno causante; en la fiebre tifoidea, en el tabardillo y para curar "la melancolía, el mal del corazón y calenturas pestíferas", o pulverizándola e incorporando su polvo en algún "licor que sea a propósito del mal que se cura" (vino, vinagre, agua de azahar, etc.); también dentro de una incisión practicada en el punto preciso que el enfermo fuese lesionado.

En su *Historia Natural de la Nueva España*, al hablar de los mazame o ciervos, Francisco Hernández⁴ anotó: "me parece oportuno decir en esta ocasión que algunos de los ciervos o gamos crían en su interior la piedra bezoar o sea señor del veneno. Hemos oído decir a cazadores expertos y que han encontrado muchas de estas piedras al abrir a estos animales..." Añadió asimismo: "se hallan en cierto género de gamos que llaman mazatl chichillic o temamazame de cuernos muy cortos y muy agudos".

El uso de la piedra bezoar llegó a un punto de incredulidad y fue Ambrosio Paré quien probó que el bezoar no era antídoto contra los venenos.⁵ Paré de-

mostró la inutilidad del bezoar. Cuando en cierta ocasión le fue enviada desde España a Carlos IX de Francia una hermosa piedra —y quien se la obsequió ponderaba con entusiasmo sus maravillosas virtudes curativas—. Paré las negó enfáticamente. En conocimiento de ello, el rey le pidió que comprobara su aserto. El célebre cirujano solicitó que se le permitiera realizar una experiencia con un condenado a muerte, dándole a beber un veneno bastante activo con la promesa de que si la piedra bezoar lograba contrarrestar los efectos del tóxico quedaría en libertad. El condenado aceptó, ingirió el veneno y a continuación el bezoar; sin embargo, falleció en medio de los más crueles sufrimientos.

Terminaría nuestra antología con las recomendaciones que hizo Juan de Esteyneffer en su obra *Florilegio medicinal*.⁶ Lo mencionamos por la demostración anacrónica durante el siglo XVIII del uso de la piedra bezoar, pero entendemos que la obra de Esteyneffer se escribió bajo la tradición galénico-hipocrática de siglos anteriores. El autor no pretendió redactar un libro para médicos, sino un manual de uso popular destinado a las regiones alejadas que carecían de médicos y boticas.

Juan de Esteyneffer recomendaba la piedra bezoar para los tratamientos de la *gota coral*, algo que en los niños se calificó de alferería o epilepsia. Este autor recomendaba: "una vez pasadas las convulsiones administrar esta piedra en agua de canela". Consideró como estimulante cardíaco añadir el polvo de la piedra bezoar a un consome de pechuga de gallina, y como particularmente efectivo el empleo de este polvo para las tircias o ictericias, sobre todo en casos de tircia provocada por alguna intoxicación. Dijo el autor: "entre los confortativos del corazón es bueno tomar la piedra de cuando en cuando".

El género confuso de la piedra bezoar se prolongó hasta el siglo XIX. Sin embargo, desde años antes no sólo se llamaba bezoar a la "piedra o concreción" que se formaba en el estómago y los intestinos de algunos animales, sino también a ciertas preparaciones que se hacían con ingredientes tales como cuernos calcinados de ciervo, cuya acción era la del antídoto. O los bezoáricos surgidos a partir de la palabra bezoar, elaborados con diferentes combinaciones, como los *bezoáricos mineral* y *jovial* preparados con antimonio estaño y utilizados como diaforéticos. Asimismo, el *bezoárico animal*, realizado con polvos de hueso y cuerno calcinados, o con

³ José de Acosta nació el año 1540 en Medina del Campo, y a partir de 1551 hizo sus estudios con los jesuitas. A petición suya, en 1572 fue enviado al Perú, y en 1586 pasó a la Nueva España, donde permaneció un año y regresó a Europa, falleciendo en 1600. Ver su obra *Historia Natural y Moral de las Indias*, México: Ed. Fondo de Cultura Económica 1940: 58, 208, 209, 210 y 214.

⁴ Hernández, Francisco. *Obras Completas*. México: Ed. UNAM 1959, vol. 3: 307-310.

⁵ En 1561 Ambrosio Paré fue nombrado primer cirujano del Rey Carlos IX de Francia, y bajo su servicio —y durante un período de treinta años— desarrolló su obra más importante. Paré falleció en 1590, siéndole reconocidas sus aportaciones.

⁶ Esteyneffer, Juan.: *Florilegio Medicinal*. Estudio preliminar, notas e índice realizado por Carmen Anzures y Bolaños, Ed. Academia Nacional de Medicina, 2vol. 1978, pp. 179-287-235-359-406-458-467-481-498-506-641 y 659.

corazón e hígado de serpiente, todo con el fin de obtener efectos de sudoración como los que se producían con la misma piedra bezoar.

Y así llegamos a nuestros días, en que la piedra bezoar es creación de los que hablan o escriben, aunque no todos los que hablan y escriben son creadores.

VII. La piedra cuadrada y el ámbar

MARTHA EUGENIA RODRIGUEZ*

Para sanar las enfermedades o para precaverse de accidentes y de otros males el hombre recurre a diversas materias y remedios, algunos de ellos de carácter sobrenatural. La creencia en que ciertos objetos pueden proporcionar la dicha a sus poseedores y protegerles de la enfermedad está muy arraigada en el ser humano. Estos objetos milagrosos han sido designados con los nombres de fetiche, amuleto y talismán, provistos de virtudes mágicas.

El amuleto es un objeto usado con mira supersticiosa, al que se le atribuye poder de preservativo o de medio protector contra los accidentes. Estas cualidades de preservativo de males y de agente contra los que sufren lo distinguen del talismán; es decir, los amuletos son defensivos y para que obren adecuadamente es preciso llevarlos encima.

Los objetos de la naturaleza, animados o inanimados, pueden llegar a ser portadores de virtudes curativas o protectoras sobrenaturales, y podríamos decir que prácticamente todos los pueblos en todos los tiempos, sobre todo en la antigüedad, han empleado toda clase de material como amuletos, ya sea piedras, metales, plantas o animales. Estos objetos y los fenómenos de la naturaleza han servido como tema de reflexión y estudio a los hombres en su incesante búsqueda de remedios contra sus aflicciones.

Entre las cosas que llaman la atención del hombre, ya sea por su rareza o por su belleza, se encuentran las piedras, en especial las preciosas. Así que desde la antigüedad, dentro de las creencias populares, las piedras se han transformado en dictadoras del destino de los hombres. La piedra tiene un lugar de privilegio en el mundo de los símbolos. En la medicina popular la fe en

la virtud curativa de las piedras se ha conservado hasta nuestros días, tanto en Oriente como en Occidente.

Nuestra plática se centrará en el uso de dos objetos que podrían considerarse amuletos: la piedra cuadrada y el ámbar.

El primer amuleto que mencionamos, la *piedra cuadrada*, es denominada también *piedra quebrada* o *piedra cándar*. Tenemos noticia de la existencia y uso de este mineral en Nueva España por dos autores del siglo XVIII: el médico poblano Marcos José Salgado, quien fue profesor de la Universidad y presidente del Tribunal del Protomedicato —y autor, entre otras cosas, de un artículo sobre las virtudes de la piedra cuadrada, publicado en 1730—, y el misionero jesuita alemán Ignazio Pfefferkorn, quien vivió en Nueva España de 1756 a 1767. De sus experiencias y observaciones en estas tierras publicó unos años más tarde, en 1794-1795, una obra sobre la descripción de la provincia de Sonora, donde nos habla sobre esta piedra.

En el México Ilustrado, Salgado afirmaba que entre las supersticiones que dominaban estaba el uso de la piedra cuadrada, la cual tenía la hechura de un dado, era pesada, de color rojo oscuro y manchada con franjas del color del acero. Sostiene que la traían los bonzos de los confines de la Tartaria, quienes aseguraban que tenía muchas virtudes; por esta razón la agujeraban y la traían colgada del cuello. Por su parte, Pfefferkorn asegura que los portugueses la descubrieron en sus posesiones americanas y le encontraron muchas cualidades curativas. Fue muy estimada en España y en la Nueva España.

La piedra cuadrada era un remedio eficaz contra el dolor de estómago, para detener la diarrea, para sanar toda clase de *fluxión*,¹ aun si ésta se acompañaba de inflamación o hinchazón; contra el dolor de cabeza, las punzadas, los cólicos, el asma, y la melancolía, y para facilitar el parto.

Según el mal de que se tratara, variaba el procedimiento para utilizar la piedra cuadrada. Por ejemplo, para combatir el dolor de estómago o la diarrea, se sumergía la piedra en agua durante varias horas y posteriormente se bebía ésta. Contra la *fluxión* se frotaba la piedra varias veces en la parte del cuerpo que había sido afectada. Para ayudar al parto “debe fajarse la piedra en la panza de la mujer parturienta”,² o bien, “atar la piedra al muslo izquierdo, estando la mujer en términos de parir, porque la experiencia tiene mostrado —según relata Salgado— que aplicada en estas condiciones obra lo que se desea; en caso de que esta diligencia no baste, refterán la dicha piedra durante un cuarto de hora con una onza de aceite de ajonjolí caliente, y lo darán a

* Departamento de Historia de la Medicina, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México.

beber a la mujer³, de esta manera el parto será sencillo y sin riesgos ni peligro para la madre y para su hijo. Una vez que la criatura hubiera nacido, era muy importante retirar lo más pronto posible la piedra, pues si ésta quedaba mucho tiempo atada al muslo de la mujer, sufrirla diversos trastornos y saldría fuera de sí, como el propio doctor Salgado observó.

La piedra cuadrada se vendía en las boticas de la capital novohispana a precios poco accesibles. Asimismo, dentro del comercio de plantas y objetos medicinales que se realizaba entre la ciudad de México y el noroeste del país se menciona la piedra que ahora comentamos.⁴ Pfefferkorn refiere que tras vivir años en Sonora, accidentalmente se encontró en un cerro gran número de estas piedras, que fueron de una utilidad inigualable, ya que vivía en una región donde “una persona enferma no tenía muchas esperanzas de encontrar la ayuda experimentada de un médico”, es decir, reconocía plenamente las virtudes curativas de esta piedra.

La actitud de estas personas que hablan sobre la piedra cuadrada —Salgado y Pfefferkorn— nos sorprende, dado que se trata de hombres académicos, en particular Salgado, quien se mostraba como un hombre de ciencia en el siglo de las luces; sin embargo, también participan de las creencias populares y supersticiones de la época.

Respecto a la información recopilada, todos mis datos se refieren al uso de la piedra cuadrada en el siglo XVIII. He investigado si actualmente se utiliza este amuleto y no he encontrado dato alguno, lo que me hace pensar que su popularidad se extinguió.

Respecto al ámbar, este es una resina fósil amarillenta de algunas coníferas, pero su aspecto le concedió entre los hombres carácter pétreo. En ocasiones se encuentran en su seno insectos o plantas que quedaron aprisionadas cuando la resina estaba fresca. La variedad más abundante procede de unas minas que se encuentran cerca de Königsberg, en la costa del Mar Báltico.

El ámbar ha sido muy apreciado a lo largo de la historia. Desde el paleolítico superior fue usado como ornato humano, y se consagró a Zeus en la antigua Grecia, donde el pueblo veneraba los amuletos tallados en ámbar y los consideraba portadores de felicidad.

En diversos países europeos se recomendaba en las enfermedades relacionadas con el aparato digestivo, cólicos hepáticos, caries y sordera. De igual manera se empleaba contra el mal de ojo. En particular, en Alemania, Polonia y Austria aún existe la creencia sobre las virtudes del ámbar, en especial para curar las convulsiones de los niños y para coadyuvar a la salida de los

primeros dientes.⁵ Ha sido común también, dentro del contexto popular, que las madres pongan collares de ámbar en el cuello de sus niños a fin de alejar de ellos todo mal. Simbólicamente la resina solidificada es portadora de energías cósmicas.

En México el ámbar es un producto que da fama a los Estados de Quintana Roo y Chiapas; en particular son de mucho renombre las minas de Simojovel, en este último Estado. Se lo ha utilizado desde la época prehispánica. Entre los mexicanos se conocía como *apozonalli* y de ella existían dos especies, una *tléic apozonalli* del color del fuego, y *quetzal apozonalli* o de pluma. También, desde antes de la Conquista, el ámbar era enviado desde Chiapas a las regiones de Yucatán, Oaxaca y Centro de México. Se lo ha utilizado como adorno personal, elaborándose con él collares, pulseras y aretes, al igual que se le ha atribuido propiedades curativas.

Asimismo, el ámbar se menciona entre los productos importantes que existían en la Nueva España, donde, por ejemplo, Juan de Esteyneffer lo empleaba para la mollera de los niños, contra la hidropesta, para la menstruación, el reumatismo y contra la orina involuntaria.⁶

Actualmente para elaborar objetos ornamentales el ámbar es tallado con una lima y pulido. En el Estado de Chiapas el polvo que sobra después de tallarlo se guarda para ser vendido entre los indígenas. Estos lo queman en un bracero a fin de sahumar a la persona enferma. También se lo utiliza como emplasto para los dolores de hueso y reumatismo. Como amuleto es muy valorado para prevenir el mal de ojo en los niños. El ámbar quemado también es muy eficiente para curar de aire y de susto.

Prueba de que el ámbar ha sido tan apreciado y de que se le tiene tanta fe es que en Chiapas existe una oración dedicada a esta resina, la *oración del ámbar*, cuya fecha de impresión se desconoce.⁷

Piedra ámbar, que con la santísima piedra imán fuiste brotada de la tierra para nuestro beneficio. Por la virtud que depositó en ti la Sagrada Mano de Dios inmortal, yo te conjuro a que libres a mi familia de los males terrenales, cures a los niños de espanto, aire de la mirada de los malignos y que con tu color de pureza noble libres mi hogar de sobresaltos y del Demonio que acecha. Por eso ámbar yo te llevo conmigo y te pongo en la tierna criatura, así como bendigo tus virtudes y poderío. Santiguándome contigo rezo Tres Padres Nuestros.

Los amuletos son equivalentes a la oración, que las religiones acostumbra para conseguir mercedes y acabar con situaciones funestas. Es decir, la iglesia distingue entre los amuletos de carácter mágico —que por sus preceptos esta institución prohíbe en principio—, y los

objetos santos por ella autorizados, como una medalla o la efigie de un santo, por ejemplo. Pero en este caso vemos mezcladas las ideas populares con las ideas religiosas; aquí, una oración dedicada al ámbar y acompañada de una oración reconocida por la iglesia católica, el Padre Nuestro.

Sabemos que los amuletos sólo son eficaces cuando se cree en ellos; sólo así podrán proporcionar salud, amor, riqueza, etc. Deben su eficacia a una fuerza sobrenatural que se cree que encierran. Con ellos se intenta preservar a su poseedor de peligros. Asimismo, vemos que los amuletos no son un impacto momentáneo en una sociedad o en una época dada, existen desde siempre, unos pierden su vigencia y otros aún persisten en el pensamiento popular.

Referencias

1. Fluición: el flujo de humo que corre a alguna parte del cuerpo, dañándola y enfermándola. Diccionario de autoridades, Edición facsimilar, Madrid, Editorial Gredos (1732), 1969.
2. Pfefferkorn I. Descripción de la provincia de Sonora, (1794 - 1795), Libro 1, Trad. Armando Hopkins Durazo, Hermosillo, Sonora, México, Gobierno del Estado de Sonora, 1984; 160: 95.
3. Salgado MJ. Virtudes de la piedra cuadrada. México, Impresas por Joseph Bernardo de Hoyal, 1730, 2 folios, folio 1.
4. González L. Religión y comercio de plantas medicinales en el noroeste colonial, 1991, 39 cuartillas, en prensa.
5. De la Prada B. "Símbolos de las piedras preciosas" en Historia del mundo insólito, 3 vols., Barcelona, Ed. Marín, 1973, vol. 3: 27-59.
6. De Esteyneffer J. Florilegio medicinal de todas las enfermedades (1712). Edición, Estudio preliminar y notas de Ma. del Carmen Anzures y Bolaños, 6a. Edición, 2 vols., México, Academia Nacional de Medicina, 1978, (Serie: Nuestros Clásicos).
7. Navarrete C y Lee TE. "Apuntes sobre el trabajo del ámbar en Simojovel, Chiapas", en Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia. No. 35, México, marzo de 1969, p. 13-19.

VIII. La atríaca magna

CARLOS VIESCA TREVÍÑO*

Durante largo tiempo se habló de las atríacas o, más aun, de la atríaca magna, como de un medicamento envuelto en el halo del misterio y lo maravilloso. Medicamento que curaba los males más arteros y letales. Recurso último del conocimiento médico más sofisticado.

El término atríaca o triaca deriva del griego *therion*, el cual designa a todo animal salvaje o ponzoñoso. Al

derivarse a *theriake*, el adjetivo se convierte en nombre, significando un antídoto empleado para contrarrestar los efectos de la mordida o picadura de animales ponzoñosos tales como serpientes, escorpiones, arañas, abejas, perros enloquecidos —tal vez por la rabia—, etc. Así pues, quiero insistir en que, de inicio, la atríaca fue un antídoto contra las "mordeduras ponzoñosas", aunque paulatinamente se fue ampliando su sentido para significar antídoto contra toda clase de venenos y aun fármacos. Una generación antes de Galeno era usual la expresión "buena atríaca" como frase adecuada para decir: medicamento recomendable.¹ Sin embargo, el que se incluyeran víboras entre sus ingredientes y se usara contra las mordeduras de estas es un hecho que se mantiene vigente tanto en el *Tesoro de la Lengua Castellana* de Covarrubias (1611), como en el *The Oxford English Dictionary* (1693).

Valga decir que fue Andrómaco, médico de Nerón, el primero que incluyó a la víbora entre sus elementos constitutivos, pero que antes, mucho antes de su época, se hacían con diversos componentes. De tal modo, en la presente exposición se tratará en primer término de las atríacas antes de que Andrómaco diera su fórmula, para después referirnos a ésta, y continuar con la integración que Galeno hace en relación con este tipo de medicamento, para así concluir esta breve revisión de lo que sucedió con ella en el mundo clásico.

La historia temprana de las atríacas

Una afirmación de Galeno² que señala que "los mejores entre los antiguos médicos, siguiendo las enseñanzas de Hipócrates, mezclaban drogas simples para producir los mejores efectos (...) haciendo así esta atríaca (...)", nos lleva a considerar que fueron los discípulos de Hipócrates quienes primero la elaboraron. Watson, basándose en referencias tardías, como lo es el diccionario de Smith sobre *Mitología greco-latina* (1788), plantea la posibilidad de que fuera Herófilo uno de esos médicos antiguos que primero formularon la receta de la atríaca.³ La tradición que hace a Erasístrato mofarse del uso de la atríaca viene a confirmar la afirmación de que sus orígenes se remontan por lo menos al período alejandrino.⁴

¹ Watson, Gilbert. *Theriac and Mithridatium. A study in Therapeutics*. Londres: Wellcome Historical Medical Library 1966: 6-10.

² Galeno. *Theríaca ad pisonem*. 5. En: *opera Omnia*. Venecia, Apud Iuntas, 1576, tomo 5: 89 ss.

³ Watson, op. cit.: 11.

⁴ Albutt, Clifford. *Greek Medicine in Rome*. Londres: MacMillan 1921: 152, en Watson, op. cit.: 112.

* Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México.

Apolodoro perteneció al siglo III a. C., y su fórmula de la atríaca es la más antigua que conocemos actualmente. Esta incluía sangre de tortuga marina, sangre de cabrito, cuajo de cervatillo o de liebre y semillas de comino silvestre, todo ello mezclado con vino de la mejor calidad. Obviamente, el medicamento se usaba contra las mordeduras de víbora.⁵ En un pasaje del mismo capítulo en que Galeno transmitió la fórmula de la atríaca de Apolodoro, trata de un remedio similar, consignado por Apolonio de Menfis y atribuido por éste a un médico egipcio de Oxyrhynchus, y cuyo interés radica en que, siendo una fórmula de origen egipcio, aproxima quizá a las primeras variantes alejandrinas de ella, ya que también data del siglo III a. C. Esta atríaca incluía catorce elementos vegetales y el castóreo —aceite de castor, que sería después inevitable en todos los anfídotos.

Viene después una larga lista de autores y atríacas diferentes, la mayoría de cuyas fórmulas están debidamente consignadas en verso en los dos libros del *De Antidotis* de Galeno. Aparecen en ella Dionisio de Mileto⁶ y Zenón de Laodicea,⁷ aún en el siglo III a. C., y en el siguiente, Heráclides de Tarento,⁸ Antífoco de Siria⁹ y Nicandro, cuyo tratado llamado *Theriaca* estaba constituido por 958 versos hexámetros.¹⁰

Entre los remedios de Heráclides es de interés señalar que uno de ellos era ya prescrito contra la mordedura de cualquier animal ponzoñoso, contra los dolores exasperantes y las enfermedades de la matriz, iniciándose la ampliación en cuanto a las aplicaciones de la atríaca. En él incluía seis vegetales, entre ellos opio (*hemlock*) y castóreo.¹¹ De Antífoco, que no es otro sino el connotado rey de Siria, y su atríaca, sólo mencionaremos que se decía que era efectiva contra las mordeduras de cualquier serpiente excepto el áspid, y que su fórmula se encontraba grabada en una estela fuera del templo de Asklepios, en Cos.¹²

Ya en el primer siglo antes de nuestra era aparece Antipatro, autor de la fórmula de una atríaca sumamente elaborada, pues contaba con unos cuarenta ingredientes vegetales, castóreo y coágulos de polluelos, la cual podía ser empleada tanto preventiva como curativamente en las mordeduras de áspid.¹³

Contemporáneo de él fue Heras de Capadocia, a quien se atribuyen varias atríacas, entre ellas una muy simple pero extremadamente efectiva, que constaba sólo de cuatro componentes: aristolochia redonda, ruda silvestre, hierba permolita y betumen, todas ellas en igual proporción. Esta era la atríaca favorita del emperador Marco Aurelio, quien acostumbraba tomarla cotidianamente y la prefería, precisamente por su sencillez, a todas la demás fórmulas.¹⁴ De esta misma época es Aelio Gallo quien, siendo prefecto de Egipto en el año 25 a. C., y hallándose en una campaña en Arabia, durante la cual las picaduras de escorpión afligían mucho a su tropa, desarrolló dos atríacas que les aliviaron grandemente.¹⁵ Un homónimo suyo que vivió a inicios del siguiente siglo (I d. C.), fue médico y a él se deben tres atríacas muy alabadas por Galeno.¹⁶

El primer autor latino en mencionar las atríacas fue Escribonio Largo, quien preparó dos contra las mordeduras y golpes de serpientes, siendo la primera de ellas efectiva contra su misma respiración, una contra las mordeduras de áspid y otra contra las de víbora.¹⁷ También de mediados del siglo I d. C. procede la atríaca de Damócates,¹⁸ útil contra venenos y algunas enfermedades, inaugurando con esto una tendencia que iría en aumento durante los siguientes años.

Para estas épocas ya habían proliferado los antidotos, que, por contraposición con las atríacas, se decían útiles contra los venenos, diferenciándose las mordeduras ponzoñosas de los envenenamientos con sustancias de origen vegetal y mineral. Para entonces también ya era bastante conocida en el mundo médico a través de la traducción latina de Lencoe, la *mitridatea*, fórmula atribuida a Mitridates, rey del Ponto, quien cien años antes la había desarrollado haciendo a quien la tomara inmune a cualquier veneno, hecho que corroboró él mismo al no poder suicidarse de esa manera cuando buscaba una muerte digna tras su derrota a manos de Pompeyo. La tradición posterior hizo de este remedio una panacea tan útil como las mejores atríacas en todas las enfermedades, excepto aquellas provenientes de una mordedura ponzoñosa.¹⁹ Por cierto, Galeno transmite la fórmula de una atríaca que atribuye ni más ni menos que al mismo Mitridates Eupátor.²⁰

⁵ Galeno, *De Antidotis*, II, 14: 118.

⁶ *Ibid.*, II, 11: f. 116v.

⁷ *Ibid.*, II, 10: f. 116r.

⁸ *Ibid.*, II, 13 y 14, f. 117v y 118v.

⁹ *Ibid.*, II, 14, f. 118r.

¹⁰ Nicander. *The poems and poetical fragments*. Gow, S. F., y Schofield, A. F. (eds.). Cambridge University Press 1953: 18.

¹¹ *Ibid.*, II, 13, f. 117v.

¹² Plinio. *Historia Naturalis*, XX: 264.

¹³ Galeno, *De Antid.*, II, 10, f. 115v.

¹⁴ *Ibid.*, II, 17, ed. cit., f. 120r.

¹⁵ *Ibid.*, II, 14 y II, 17, ed. cit., ff 118 y 120.

¹⁶ *Ibid.*, II, 10, ed. cit., f. 115v.

¹⁷ Escribonio Largo. *De Compositionibus Medicamentarum*, cit en Watson, op. cit., pp. 163-165.

¹⁸ Aecio, *Tetrabiblos*, IV, 1, 11, cit. en Watson, op. cit., p. 18.

¹⁹ Pablo de Egipto, VII, 2, 7.

²⁰ Galeno, *De Antid.*, II, 9, ed. cit., f. 115r.

Andrómaco y la atríaca magna

Andrómaco *el Viejo* — pues debe señalarse que tuvo un hijo del mismo nombre —, vivió en un tiempo en que el manejo de los antidotos era la mejor carta de presentación para un médico. Oriundo de Creta, llegó a ser médico personal del emperador Nerón, quien le concedió el rimbombante título de *archiatra*. “Entre los médicos era segundo solamente de Hipócrates”, decía de él Galeno, quien es bien sabido que acostumbraba economizar elogios, sobre todo tratándose de sus colegas.

Así como en la corte se fabricaban venenos letales, era trascendental la elaboración de medicamentos que los contrarrestaran. De este modo, Andrómaco ideó que combinando la fórmula del antidoto de Mitrídates con las atríacas para entonces conocidas, y combinando, modificando, quitando y añadiendo elementos, podía obtener una fórmula infalible y casi milagrosa. Este hecho marca un hito en la historia de la atríaca, ya que el nuevo medicamento usurpó totalmente el nombre y eliminó, excepto en el saber de los verdaderamente conocedores, a todas las demás fórmulas que hasta entonces eran así denominadas. La de Andrómaco fue la “atríaca magna”. Sin embargo, ese no fue el nombre que le dio su autor, quien pensaba que estaba elaborando una atríaca más, quizá la mejor, pero finalmente una entre muchas. Andrómaco la denominó Galena, palabra que significaba tranquilidad, y que no tenía nada que ver con el ilustre médico del mismo nombre, a quien faltaban aún tres cuartos de siglo para nacer.

El resultado fue el antidoto de los antidotos, el remedio de todas las enfermedades, la madre de todos los medicamentos, según afirmaban los más eminentes médicos renacentistas cerca de quince siglos después. Cincuenta y cinco hierbas (entre ellas la centaura y el dictamo, el iris y la genciana, el perejil y el cardamomo, la amapola y la pimienta larga) la componían, pero a esto se agregaba todo un ritual en la recolección y preparación de los componentes, que como el *hedychromum*, eran por sí solos medicamentos de gran complejidad. Con todo, la gran innovación de Andrómaco fue el agregar carne de víbora (de cuatro víboras precisamente) a la receta. Las víboras debían de cazarse al fin de la primavera o, a lo más, a inicios del verano, tiempo en el que su veneno no es aún muy potente; debían de buscarse cerca del mar o en zonas pantanosas. Se preparaban cortándoles primero la cabeza y la cola — centros del veneno —, cocinándolas sobre un fuego que no produjera humo hasta que la carne se separara de los huesos; entonces se pulverizaba y se le añadía pan

de la mejor calidad y sumamente seco; luego se maceraba hasta que escurriera el último residuo de líquido y, finalmente, se hacían pastillas que más tarde entrarían en la composición de la atríaca.

La preparación del medicamento en su integridad llevaba de cuarenta días a dos meses, tras lo cual, una vez preparada, la atríaca debía dejarse reposar a fin de que tuviera lugar el proceso de maduración. El período más adecuado es de doce años, aunque sabemos que asiduos tomadores de atríaca, como lo fue el emperador Marco Aurelio, no hacían caso de esto y la tomaban a sólo unos meses de preparada. Aquellos que la deseaban especialmente potente, es decir, como contraveneno o para curar mordeduras de víbora, debían de usarla a los siete años.²¹ A treinta años de preparada se decía que aún tenía efectos y sólo después medio siglo perdía su virtud, aunque Galeno refería que, como antidoto contra venenos, servía hasta los treinta y seis años, y durante muchos más contra otras enfermedades. Una vez lista, se bebía con vino de calidad, aunque no faltó el médico que la prescribiera con agua.

Como se puede apreciar, no era nada fácil elaborar la atríaca, y menos aún garantizar que todos sus componentes, entre los que había algunos muy exóticos, fueran legítimos y de excelente calidad. Por ser medicina muy caliente no debía jamás darse a niños, quienes morirían con seguridad al tomarla. Los viejos la debían de tomar exclusivamente con vino y nunca con agua, en tanto que los jóvenes y adultos podían usarla frecuentemente, pero con moderación. No se debía tomar ni en verano, ni en climas muy cálidos, pues elevaba exageradamente la temperatura del cuerpo.²²

Para Andrómaco, como lo expresaba en el poema mediante el cual dedicó su invento a Nerón, la Galena (es decir, la Atríaca Magna) era eficaz, por supuesto, contra ponzoñas y veneno de toda índole, contra el aire malsano o miasmático y contra las pestilencias. Como preventivo mantenía en buena salud a quien la tomaba; era eficaz contra enfermedades tales como los dolores de cabeza, la mala audición, la pérdida de la agudeza visual, epilepsia, disnea de esfuerzo, el esputo sanguiolento, la indigestión, las náuseas, los trastornos hepáticos y el mal de piedra; es tónica para la lengua, a la que fortifica, aminora los delirios, es soporífica, calma las preocupaciones y tensiones de la mente y es el único medicamento útil contra el tétanos.²³ La atríaca

²¹ Galeno, *De Theriaca ad Pisonem*, 14.

²² *Ibid.*, 17.

²³ Galeno, *De Theriaca ad Pisonem*, de *Theriaca ad Pamphilium*, De *Antidoto*.

pasó así de ser antídoto a ejercer las plenas funciones de la mejor panacea.

La gran fama de la atríaca le atrajo defensores y detractores, contándose entre los primeros Galeno, y entre los últimos figuran personajes de épocas tardías como Heberden, ya en pleno siglo XVIII.

Galeno y la atríaca

Uno de los hitos más interesantes en la historia de este sutil medicamento está dado por su encuentro con Galeno y la interpretación que este gran médico hace de él. Es más, poco sabríamos de la historia previa de la atríaca y menos aún de su composición farmacológica, si no hubiera sido por la acuciosa y detallada transcripción que Galeno hizo de sus fórmulas y principios constitutivos. Sin él la historia de la atríaca fuera otra.

Es claro que no puede otorgársele a Galeno un mérito semejante al de Andrómaco como inventor, o siquiera modificador, de una atríaca. Para él la atríaca magna siguió siendo la de Andrómaco. Pero lo innegable es que fue Galeno quien recopiló todo lo que la antigüedad grecorromana supo acerca de las atríacas, que fue él quien transcribió las fórmulas y que a él se debe toda precisión en el conocimiento de esta materia.

Es en sus libros sobre *La Atríaca a Pisón*, *La Atríaca a Panfilio* y sus dos libros *Sobre los Antídotos*, en donde Galeno concentra y expone toda esa valiosísima información. Estos libros que vienen a llenar un hueco en sus obras, ya que en ninguna otra de ellas se trata acerca de algún medicamento utilizable en casos de envenenamiento, de picaduras o mordeduras venenosas. Es tradición que estas obras datan de su vejez, y que quizás fueran las últimas que escribió.²⁴ En los dos primeros se refiere única y exclusivamente a la atríaca magna y a sus sales, en tanto que en el tratado *Sobre los Antídotos* expone todo cuanto llegó a sus manos procedente de médicos anteriores a él. Es en el primero de estos libros (en el capítulo sexto) en donde, tras haber explicado previamente qué cosa son los antídotos y qué las atríacas, y señalado el por qué estas mezclas — como lo son ambas —, no tienen solamente las propiedades de los elementos que las componen, sino (con la suma y mezcla de ellos) propiedades farmacológicas nuevas,²⁵ entra en materia exponiendo qué cosa es la Atríaca de Andrómaco el Viejo, que contiene víbora y se llama también *Tranquilla*, Galena en griego.²⁶

La teoría galénica es sencilla. Si los simples resolvieran todas las enfermedades, no habría necesidad de compuestos.²⁷ Sin embargo, el hecho de que al sumarse los componentes cambien el modo de acción y los efectos del medicamento resultante, da pie a la búsqueda de las utilidades y usos específicos de los medicamentos compuestos. Más aún, algunas drogas no deberían de emplearse jamás solas, puesto que son peligrosas, mientras que su combinación con otras disminuye su excesiva fuerza o mitiga sus propiedades cáusticas.²⁹ Un ejemplo sumamente claro es el que ofrece Galeno al tratar de la composición de la atríaca de Andrómaco y señalar que algunas sustancias venenosas pueden ser útiles, recalando que el jugo de la amapola es fatal, pero que, mezclado con otros fármacos, es de gran utilidad para los enfermos. Esto le lleva a plantear el que la atríaca, compuesta de tantas sustancias y aun de venenos mortíferos, es no sólo no un medicamento peligroso sino también un remedio maravilloso.³⁰

Curiosamente, el capítulo del tratado *Sobre los Antídotos* en el cual expone la fórmula de la atríaca magna, consta exclusivamente de la transcripción del poema de Andrómaco dedicado a Nerón. Siendo honesto, Galeno no creyó conveniente agregar ningún comentario acerca de tan maravilloso medicamento. De hecho los había ya prodigado en su librito *De Atríaca ad Pisonem*, en el que explicaba con lujo de detalles los modos de composición, los usos y todas las variantes que se pudieran encontrar en relación con la atríaca de Andrómaco. Quizá no sea casual que justamente en los capítulos sexto y séptimo reproduzca el poema que contiene la fórmula, la misma fórmula que en el texto de los *Antídotos*, manteniendo un evidente paralelismo entre ambos textos, y un respeto constante por la recia personalidad profesional de Andrómaco el Viejo.

Finalmente, Galeno comenta sobre todas las atríacas de las cuales tuvo noticia, y ofrece las fórmulas de todas ellas. Desfilan en sus páginas Andrómaco el Joven,³¹ Demócrites,³² Crito,³³ Mitridates,³⁴ Antipatro,³⁵ Aelio Galo,³⁶ Euclides Palatiano (descrita como específica

²⁷ Galeno, *De Simplicium Medicamentorum Facultatibus*, en Galeni, *Opera Omnia*, Venecia, Iuntas, 1576, V, ff. 2-83. En este texto trata del franqueceno (VII, 11-13), de la cebolla (VIII, 16-18), el galbano (VIII, 22), el absinto (VI, 1), el castóreo (XI, 1, 15) y la carne de víbora (XI, 1, 1).

²⁸ Galeno, *De Compositione Medicamentorum per General*, en Galeni, *Opera Omnia*, V, ff. 209-234.

²⁹ *Ibid.*, I, 3, ed. cit., f. 90.

³⁰ Galeno, *De Theriacle ad Pisonem*, ed. cit., c. 10, ff. 93v, 94r.

³¹ Galeno, *De Antidota*, I, 7, ff. 103v-104r.

³² *Ibid.*, I, 16, ff. 108r-109v.

³³ *Ibid.*, I, 18, f. 110r.

²⁴ Watson, G., op. cit., p. 72.

²⁵ Galeno, *De Antidota*, I, 3, ed. cit., f. 90.

²⁶ *Ibid.*, I, 6, ff. 102r-103v.

para los dolores internos),³⁷ Zenón de Loadicea³⁸ (del cual también cita un antídoto contra la mordedura de perros rabiosos a la que llama precisamente “una buena atríaca”),³⁹ Claudio Apolonio,⁴⁰ Antíoco,⁴¹ Doroteo,⁴² Eudemo,⁴³ Heráclides de Tarento (la llamada Antídoto Eneafármaco)⁴⁴ y la de Heras, de la que se asienta que es malamente evocada como un antídoto.⁴⁵ A todas estas se pueden sumar otras tantas que no reciben el nombre de un autor específico, y que, genéricamente llamadas antídotos, son prescritas con absoluta precisión para contrarrestar las mordeduras de animales ponzoñosos.

En la lista precedente se encuentran los nombres, esta vez sin ningún orden cronológico, de algunos de los autores que contribuyeron con fórmulas de atríacas durante los siglos previos a la fórmula de Andrómaco. Sin embargo, es de hacer notar cómo Galeno consigna nombres y fórmulas, les añade especificaciones y plantea las utilidades de varias de ellas. Es notable cómo el emperador Marco Aurelio, paciente de Galeno, no esperaba siempre a que estuviera preparada la atríaca magna, sino que tomaba diariamente como medicación profiláctica dosis pequeñas de la atríaca de Heras, mucho más simple, y aun había ocasiones en que consumía atríacas que no habían terminado de madurar.

Así pues, el testimonio de Galeno lleva a la conclusión de que las atríacas fueron producto de una larga y laboriosa experimentación, y que, aún en sus tiempos y en su práctica, y no obstante los valiosísimos antecedentes con que se contaba, el proceso continuó, agregándose a la fórmula de Andrómaco otros requisitos para la recolección de los materiales, para las prepara-

ciones parciales y para las forma de administración de este antídoto.

No cabe duda que Galeno, como en otras tantas materias, significó la supervivencia tanto de la historia no escrita como de las fórmulas y detalles de la preparación y la posología de tan preciado medicamento, garantizando así su paso al futuro. Tras de ser difundida por toda Europa en los siglos que siguieron a las invasiones de los bárbaros y el reacomodo de los países europeos, la atríaca reconquistó ese lugar de privilegio que antes había alcanzado y se reafirmó como el medicamento de elección para contrarrestar los efectos “venenosos” de las pestilencias. La peste negra no faltó en la lista de las enfermedades que con ella se podían curar, y así vemos que en México — durante el cocoliste de 1576 —, el protomédico Francisco Hernández llegó a la conclusión de que la enfermedad que afectaba era una peste y prescribió precisamente atríaca, junto con tres hierbas originarias de Nueva España: coanepilli, cacamotic y totoxyccitl, con las cuales eran sustituidas algunas otras de muy difícil adquisición en el Nuevo Mundo, como el diaprunis simple y el diacatolicón.⁴⁶ La atríaca fue una de las grandes fuentes de ingresos de la república de Venecia durante la Edad Media tardía y el Renacimiento, siendo famosa por su calidad la que allí se fabricaba.

En fin, cada una de estas historias colaterales de la atríaca pudiera ser tema de una curiosa e interesante disquisición, lo cual rebasa los límites aquí fijados. El hecho último es que, abarcando cada vez más y más enfermedades bajo su imperio curativo, la atríaca llegó a tal magnitud que, cobijando bajo sus alas nada menos que a todas las enfermedades — como sucede siempre a todas las panaceas —, terminó por diluirse en la nada, quedando como un nombre inscrito en la historia, fuente de curiosidad y ejemplo. Pero no olvidemos que esto sucedió mil quinientos años más tarde y que, durante ese largo tiempo, muchas historias se tejieron.

⁴⁶ Hernández F. «Tratado del Cocoliztle», en: *Obras Completas* de Francisco Hernández. México, UNAM, 1960-1985. vol. VI, p. 482.

³⁴ *Ibid.*, II, 9, f. 115r.
³⁵ *Ibid.*, II, 10, f. 115r.
³⁶ *Ibid.*, II, 10, f. 116r.
³⁷ *Ibid.*, II, 10, f. 116r.
³⁸ *Ibid.*, II, 10, f. 116r.
³⁹ *Ibid.*, II, 11, f. 116v.
⁴⁰ *Ibid.*, II, 11, f. 117r.
⁴¹ *Ibid.*, II, 14, f. 118r.
⁴² *Ibid.*, II, 14, f. 118r.
⁴³ *Ibid.*, II, 14, f. 118r.
⁴⁴ *Ibid.*, II, 14, f. 118r.
⁴⁵ *Ibid.*, II, 17, f. 120r.



WILLIAM PARRY MURPHY

(1892 - 1987)

Nacido en Stoughton (Wisconsin, EE. UU.) el 6 de febrero de 1892, estudió en la Universidad de Oregon, y después en Chicago y Boston, doctorándose en 1922. Fue nombrado auxiliar de la Universidad de Harvard en 1924 y profesor en 1928. Practicó la medicina desde los 31 años, continuando sus investigaciones sobre la diabetes y las enfermedades de la sangre comenzadas durante sus estudios. En 1930 la Universidad de Edimburgo le otorgó, junto con Minot, el premio Cameron y, en 1934, recibió la medalla de bronce de la Asociación Médica Americana por sus trabajos sobre la anemia perniciosa. Partiendo de las investigaciones de Whipple referentes al influjo de la alimentación sobre la fórmula sanguínea, Murphy y Minot establecieron que la anemia perniciosa reacciona favorablemente a un régimen compuesto de hígado, riñón, músculos y legumbres. Más adelante este régimen se sustituyó por otro que sólo se componía de hígado. A pesar de las dificultades encontradas para administrar cada día 300 a 600 gramos de hígado, Murphy continuó sin desmayos sus observaciones en diversos enfermos y logró resultados asombrosos. Posteriormente obtuvo extractos hepáticos de gran eficacia que simplificaron extraordinariamente el tratamiento de la anemia perniciosa. Esta nueva terapéutica tuvo una resonancia mundial y pronto fue confirmada por todas partes. Murphy recibió junto con Whipple y Minot el Premio Nobel en 1934.

J. S. P.

Premio Nobel de Fisiología y Medicina 1934.